

terrenar con el ministro de Napoleon, Mr. Champagny, D. Pedro Ceballos y el conde de Fernand. Dices de este último que sostuvo la causa de Fernando en aquella conferencia con un tason honroso á su memoria, habiéndose tambien distinguido Ceballos en el mismo sentido. En una de estas conferencias discusiones, y cuando mas enérgicamente se expresaba nuestro ministro de Estado contra la abdicacion que de Fernando se exigia, estaba Napoleon escuchándole detrás de una puerta. No pudiendo este sufrir la débil que áquel hacia del joven monarca, presintió de repente en el salon, y encarándose herármicamente con Ceballos le acusó de haber contribuido al derrocamiento de Carlos IV. peliéndole tender por eso el hijo, habiéndose el padre. Sembrantes de Ceballos, dejaron á Ceballos de suspensó y como un rígido palabras criticar la felicitacion de decir en buenos honrar la causa abandonar la parte era Ceballos. La causa de alieno bastan ambos ha sido del que la ley, y que la hubiera nacido su arbitrio. Escorpión rigió un discurso nicamente casto decir un escorpión. co. Napoleon se la cuestion, con de su padre, terminado por esto la mas presuntivamente de n



NAPOLION TIRANDO LAS OREJAS Á ESCOQUIZ.

fin á la entrevista autorizándole para que en nombre suyo prometiese á su régio alumno el reino de Etruria en cambio de la corona de España, sin olvidar el punto culminante de las ilusiones del malhadado clérigo, el de la boda de Fernando con una princesa imperial. El canónigo echó sus cuentas, y en la alternativa de vivir en la oscuridad si Fernando se resistia al cambio propuesto, ó de ser su constante privado si aceptaba la corona de Etruria, dedujo que le estaba mejor lo último, aun cuando para satisfacer su ambicion hubieran de sacrificarse los deberes que como español le ligaban á su pais. Voló, pues,

Escoiquiz al alojamiento de Fernando, y comunicando á este y á su comitiva la nueva propuesta del emperador, reunióse el consejo del rey para examinarla. La mayoría la halló inadmisibile, no tanto por razon de decoro, cuanto por la conviccion en que estaba de que Napoleon exigia mucho para que se le concediese algo. Era ya locura y delirio llevar la confianza á tal punto, presumiendo que aquella impotente negativa haria ceder á Napoleon en sus pretensiones. Escoiquiz por su parte manifestó su opinion diametralmente opuesta á la de los consejeros, votando por la admision del reino de Etruria y manifestándose igualmente ciego que aquellos, aunque en contrario sentido, pues si el emperador no habia tenido inconveniente en burlar las esperanzas de Fernando despues de las promesas hechas por Savary, ¿quién aseguraba al canónigo que cumpliria ahora su nueva palabra? Ilusion tan estravagante necesita para ser esplicada reconocer una causa mas fuerte que la simple credulidad. Escoiquiz soñaba en el mando, y con tal que pudiera ejercerlo en cualquier rincon de la tierra, lo demas le importaba bien poco. Dotado Napoleon de un instinto maravilloso para conocer á los hombres, no se contentaria probablemente con tirar las orejas á aquel incapaz sacerdote; pero ya le tocaba el resorte de la ambicion, ya recurriese tal vez á la amenaza, Escoiquiz ha tenido buen cuidado en callarlo al referir su entrevista, quedando por consiguiente nuestra observacion en estado de mera sospecha, aunque muy vehemente y probable.

Deseoso el emperador de dar tiempo á la llegada de Carlos IV para acabar de una vez la comedia que hacia representar al hijo, manifestó no querer entenderse con Ceballos en la prosecucion de las conferencias empezadas, por lo cual sucedió á este D. Pedro Labrador para continuar sus pláticas con Champagny. Labrador no se avino con el ministro francés, y rompió desde luego sus negociaciones. Escoiquiz prosiguió sus tratos entendiéndose con el obispo de Poitiers Mr. de Prat, pero sin resultado definitivo, hasta el 29 de abril, vispera de la llegada de los reyes padres á Bayona, en cuyo dia anunció Napoleon á Fernando que desde entonces en adelante rompía sus conferencias con él, tratando solamente con Carlos.

Recibidos los reyes padres en Bayona con el ostentoso aparato de que hemos dado cuenta á nuestros lectores, divisaron al apearse del coche á Fernando y á Carlos sus hijos, los cuales los estaban esperando al pie de la escalera. Saludó Carlos IV al segundo, y abrazóle Maria Luisa, visto lo cual por Fernando que habia permanecido inmóvil al observar que su padre no le dirigia la palabra, se dirigió á abrazarle tambien. Carlos rehusó aquella muestra de forzado afecto, manifestándole su indignacion de un modo significativo, tras lo cual le volvió la espalda, comenzando á subir las gradas con la severidad pintada en el semblante. La reina, si hemos de dar crédito á algunos escritores, cedió á la voz de la naturaleza y abrazó á Fernando; y aunque concuerda muy mal esta demostracion con las espresiones que la hemos visto verter en sus cartas á Murat y con la escena de que luego hablaremos, no es imposible que Maria Luisa se acordase en aquellos momentos de que era madre, como tampoco que influyese en su abrazo la circunstancia de hallarse presente á la escena numerosa reunion de espectadores. Los hermanos Fernando y Carlos se dirigieron á su morada, entrando sus padres en el alojamiento que les estaba destinado, donde reunidos al hombre sin cuya compañía les era imposible vivir, le estrecharon ardientemente contra su corazon derramando lágrimas de alegría. Poco rato despues vino el emperador á visitarlos,



REUNION DE LOS REYES PADRES CON EL PRINCIPE DE LA PAZ.

siendo escusado decir las significativas muestras de alborozo y gratitud con que sería recibido.

Los regios honores con que el emperador había dispuesto la entrada de sus nuevos huéspedes, y las notables muestras de deferencia que les prodigaba, eran hijos del estudio y del cálculo. La perfidia usada con el hijo necesitaba legitimarse con la necesidad de sostener los derechos del padre, y conveniale al emperador manifestar desde un principio de un modo aparatoso y visible su disposición decidida á protegerle. La intriga y algun tanto de paciencia harian despues lo demas. El arribo de Carlos mientras tanto puso á Napoleon en conflicto consigo mismo. De lejos, y no conociendo á su aliado sino de oidas, por decirlo asi, podia ser Bonaparte bastante osado, ó si se quiere, bastante inucio, para atreverse á todo; pero visto Carlos IV de cerca y atendido lo que naturalmente prevenian en su favor la bondad pintada en su rostro, la desgracia en que habia caido, los padecimientos morales y fisicos que gastaban su anciana existencia, y su resolucion mis-

ma de ponerse en los brazos del hombre cuyo auxilio imploraba, no era tan fácil decidirse Napoleón á obrar con el padre en los términos que con el hijo. Si Carlos IV hubiera sabido persuadirse del secreto poder que ejercía en el ánimo del hombre que meditaba devorarle; si hubiera ostentado á sus ojos la dignidad y firmeza que en su posición le convenían; si una vez hecha su protesta hubiera manifestado de un modo decidido el consiguiente empeño en volver á ocupar el trono contra cuya usurpación reclamaba, es muy dudoso que el emperador hubiese sido bastante desalmado para olvidar con él toda clase de consideraciones. Carlos, empero, no parece que fue á Bayona sino para ostentar más de cerca á los ojos del emperador la pequeñez y miseria de toda la regia familia; y el que derribado del solio y refugiado en país extranjero era objeto que Napoleón no hubiera de cerca podido mirar impasible, dejó de inspirar compasión desde el momento en que dió claramente á entender lo indiferente que le era recobrar el mando perdido, limitando toda su ambición á vivir en compañía de su Manuel y nada más.

La primera entrevista del emperador con sus huéspedes se redujo toda á protestas de la más sincera amistad por su parte, manifestándose decidido á sentarlos en el trono y á reconquistarles el antiguo poder. Napoleón acaso fue sincero en aquellos primeros instantes. Al día siguiente fueron los reyes padres convidados á comer al palacio imperial. Carlos IV, asido al brazo de Bonaparte, subió con dificultad la escalera que conducía al salón, y aludiendo á sus achaques, á su ancianidad y á su hijo, *me ha derribado*, dijo al emperador, *porque no tengo fuerzas*. « Eso lo veremos, contestó este: apoyaos en mí que podré sostener á los dos. » *Tal creo*, replicó Carlos, parándose á mirar á Bonaparte; *y en ello fundo mis esperanzas*. Sentados los reyes á la espléndida mesa que Napoleón les tenía preparada, notó que faltaba en ella el príncipe de la Paz, y lleno de ansiedad preguntó: *¿y Manuel? ¿dónde está Manuel?* Napoleón, que en aquellos momentos preparatorios nada estudiaba tanto como complacer á Carlos IV, no podía haber olvidado al valido en la mesa; pero quiso sin duda escitar la pasión del monarca para doblar mejor su complacencia tras aquel momentáneo pesar. Godoy fue llamado á la mesa imperial, y reinaron en ella la efusión y la alegría.



GODOY Y LOS REYES PADRES EN LA MESA DEL EMPERADOR.

A la segunda entrevista, era Napoleon dueño ya del corazón de Carlos IV, siendo para nosotros indudable la resolución del anciano monarca de traspasar su corona á las sienes del emperador desde el tercer día de su llegada á Bayona. El príncipe de la Paz, dueño de pintar á su modo las conferencias secretas que tanto él como sus augustos amigos tuvieron con el emperador, nos merece muy poca fé en el relato que de ellas hace, mayormente cuando se hallan en contradicción con los hechos. Nosotros hemos visto á Carlos IV (y perdónesenos la prolijidad con que insistimos en esto) verificar su protesta contra la abdicación, poniendo su suerte, la de su familia y la de la nación entera en manos de Bonaparte, sin que ni en ella ni en la carta con que fue acompañada haya la menor espresión de la cual se deduzca haber sido hecha la tal protesta con el solo y esclusivo objeto de recobrar el trono perdido. En la correspondencia de Maria Luisa con Murat no se advierte tampoco indicación la mas ligera que nos haga variar de concepto, limitándose siempre aquella señora á implorar la protección del emperador con abstracción absoluta de las consideraciones debidas á la independencia nacional. Si al salir los reyes padres de España manifestaron deseo de volver á ocupar el trono, como algunos historiadores nos dicen, ese anhelo debió ser muy tibio y muy pasajero, debiendo juzgarse otro tanto de las ilusiones que á su entrada en Bayona pudieron formar, visto el recibimiento que Napoleon les hacia. Las anécdotas que en ese sentido se cuentan dicen relacion casi todas á Maria Luisa; pero ni las palabras que se atribuyen á esta señora están de acuerdo con las que hemos visto estampadas en sus cartas, ni por las circunstancias en que se dice pronunció algunas de ellas, pueden tal vez atribuirse á otra causa que al deseo de evitar se les pusiese impedimento en su viaje á Bayona (1). El príncipe de la Paz en el tomo último de sus *Memorias*, censura abiertamente la tibieza mostrada por Carlos IV en lo de volver á reinar, dejando así abierto á Napoleon el flanco por donde mejor podia atacarle. Napoleon desde entonces podia decir á su aliado: «Vos

(1) Los reyes padres salieron de España *persuadidos*, dice Toreno, *hasta cierto punto de que Napoleon los repondría en el trono*. «Pruébanlo (añade) las conversaciones que tuvieron en el camino, y señaladamente la que en Villa-Real trabó la reina con el duque de Mahon; á quien habiéndole preguntado qué noticias corrían, respondió dicho duque: *asegúrase que el emperador de los franceses reúne en Bayona todas las personas de la familia real de España para privarlas del trono*. Paróse la reina como sorprendida, y después de haber reflexionado un rato, replicó: *Napoleon siempre ha sido enemigo grande de nuestra familia: sin embargo, ha hecho á Carlos reiteradas promesas de protegerle, y no creo que obre ahora con perfidia tan escandalosa*.»

Esta conversacion no nos prueba á nosotros nada, ó cuando mas, nos prueba muy poco. Señalado el duque de Mahon por su empeño en que se evitara á todo trance la traslación de la familia real de España á Bayona, pudo Maria Luisa dirigirle las espresadas palabras con objeto de tranquilizarle y nada mas; y aun cuando de ellas se infiera la persuasión en que entonces estaba aquella señora de volver á reinar otra vez, eso no quita la facilidad de su aquiescencia á los caprichos de Napoleon, si este determinaba lo contrario. Lo mismo debe decirse de las siguientes espresiones que se leen en la carta escrita por la misma á Napoleon desde Aranda, participándole con fecha del 23 su salida y la del rey su esposo para Bayona: *asi hubiesen llegado para entonces (cuando la sublevacion de Aranjuez) las tropas de V. M., ellas hubieran protegido la legitimidad de los derechos, como su gran capitán se digna hacerlo*. Contenta Maria Luisa en un principio con verse salva en union con su amigo y su esposo, dejó todo lo demas al arbitrio del emperador, como lo prueban las demas cartas. Si después de conseguido esto, alcanzaba además la corona para su marido, eso mas se tenia, por decirlo así; pero si era imposible su reposicion en el trono, aun esto le venia á ser indiferente, con tal que no reinase Fernando. Tal fue ni mas ni menos en aquella cuestion la reina Maria Luisa.

Por lo que toca á Carlos IV, escusado es decir que no pensaba ni podia pensar otra cosa que lo que pensase la reina. Uno de los primeros motivos de su protesta mientras deliberó este paso con Maria Luisa, natural es que fuese el deseo de recobrar el rango perdido; pero desde el momento en que el jeneral Monthion intervino en aquel asunto, natural es tambien que ni Carlos ni la reina pensasen sino lo que pensara el monarca en cuyos brazos se ponian, y á quien iban á deberle lo que él les quisiera dar. Tal vez se dirá que en la reiteracion de la protesta dirigida por Carlos al infante don Antonio, y en la confirmacion que aquel hizo de los empleados nombrados por su hijo desde el 19 de marzo, parece indudable el designio de recobrar su autoridad; pero téngase presente que Carlos no dió este paso sino arrastrado por el gran duque de Berg, habiéndose resistido con tenacidad invencible á las instancias que este le hacia (como dice el príncipe de la Paz) á declararse monarca otra vez. Cuando Maria Luisa escribió desde Aranda la carta de que hablamos arriba, Carlos IV la hizo acompañar con otra suya, en la cual se contentaba con *ver claramente asegurada su existencia*. Don Manuel Godoy repite cien veces en el sexto y último tomo de sus *Memorias*, la indiferencia ó mas bien repugnancia de Carlos á volver á ocupar el

no quereis que reine vuestro hijo, ni quereis reinar vos tampoco. ¿Cómo salir de este atolladero? Vos y vuestra esposa os retirareis en compañía de vuestro Manuel, sin que os falte nada á su lado. El hijo que os ha usurpado el trono, os lo devolverá por quien soy; vos cuya vuelta al poder es imposible en compañía de vuestro amigo, me cedereis ese trono á mi en cambio de la libertad que le he dado y de la ventura que en ello os proporciono, teniendo todo dichoso fin con arreglo á mi constante designio de ver de arreglar este asunto por medio del ardid y de la intriga, mejor que recurriendo á las armas. La Europa dirá que Fernando devolvió la corona á su padre por la sola razon de habérsela este exigido, y que vos me la disteis á mi en la imposibilidad de darla á otro que pudiera llevarla mejor que yo. » Tal debió de ser la lógica y el modo de argumentar de Bonaparte. Los hechos que vamos á esponer, y los antecedentes que tenemos sentados, nos inclinan invenciblemente á pensarlo así. Lo único que faltaba á esa lógica era tener presente que el pueblo español podría tal vez no avenirse con aquella manera de discurrir; pero eso estaba por ver, y el orgulloso conquistador en todo caso tenia en España cien mil bayonetas para hacerla entrar en razon. ¿Cómo equivocarse en sus esperanzas quien de tantas legiones disponia?

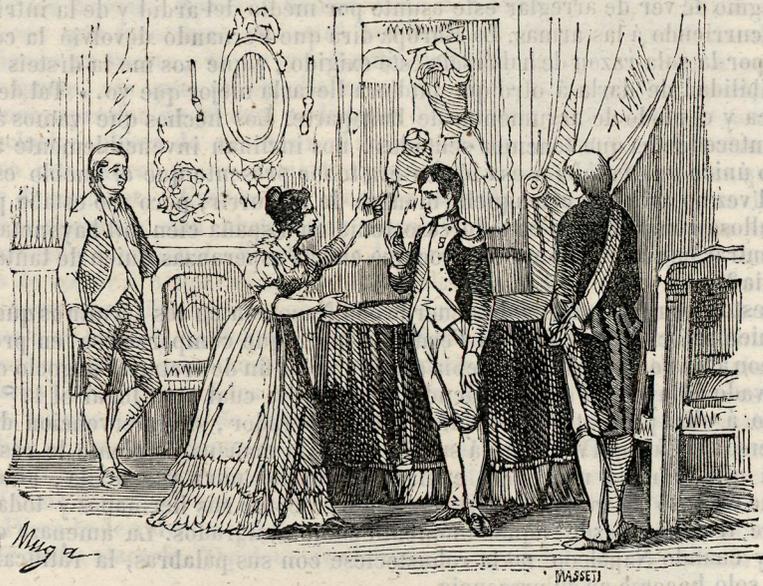
Puestos los reyes padres de acuerdo con Napoleon en los términos que creyeron convenientes, citó Carlos IV á Fernando para que compareciese en presencia de Napoleon á una entrevista que debia celebrarse, á fin de tratar el negocio que los habia llevado á Bayona. Fernando acudió á la cita, la cual tuvo lugar el 1.º de mayo, estando á ella presentes sus padres y el emperador, sin intervencion de ninguna otra persona. Carlos IV intimó á su hijo que á la mañana siguiente le restituyese la corona que le habia usurpado, enviando su cesion pura y sencilla, amenazándole con que en caso de resistencia serian tanto él como sus hermanos y toda su servidumbre tratados desde aquel momento como emigrados. La amenaza era espantosa, y cuando Napoleon no la robusteciese con sus palabras, la ratificaba bastante con solo hacerse en su presencia.

Fernando en su mala causa tenia una contestacion que dar, y era haber subido al trono con unánime aprobacion de los españoles, razon fuerte sin duda alguna para resistirse á la cesion que se le exigia, aun cuando no le justificara á los ojos del padre de la nota de usurpador. Carlos IV no pudo sufrir que su hijo le hablase en otros términos que los de la mas sumisa obediencia, y alzándose de la silla y hablándole con fiera dignidad, dióle en rostro con su ambicion, acusándole paladinamente de haber querido quitar la vida á sus padres juntamente con la corona. Maria Luisa que hasta entonces habia permanecido en silencio,

trono; y un testimonio como este creemos que no puede dejar la menor duda acerca de lo fundado de nuestra asercion, cuando decimos que la protesta al fin de los fines no tenia en su fondo otro objeto que entregar la España al francés.

Llevado el príncipe de la Paz del justo y natural deseo de vindicar el nombre de Carlos IV en la mayor y mas trascendental de sus aberraciones, esplica aquel hecho de un modo que no sabemos de qué manera calificar. Carlos protestó, segun él, para recobrar el trono momentáneamente, á pesar de su repugnancia, y abdicarlo de nuevo otra vez en la persona de Fernando, realizando su nueva renuncia con las formalidades que antes habia exigido, é imponiendo á su hijo las condiciones que este se habia negado á admitir. Nosotros deseáramos ver robustecido este aserto con otras pruebas que la sola palabra del privado; pero desgraciadamente no hemos podido hallarlas en ninguna parte. Y cuando Carlos hubiera tenido realmente ese pensamiento, ¿quién le decia que poniendo su suerte y la del país á merced de Napoleon, habria de hallarse en la posibilidad de dictar condiciones ó formalidades á nadie, cuando él se sujetaba á recibir las? Pero no abusemos mas de la paciencia de nuestros lectores. La única disculpa de Carlos IV consistiria en decir que al ponerse en las manos del emperador, confió hidalgamente en su generosidad y en su grandeza de alma, suponiéndole incapaz de aprovechar en ruina de la España las disensiones de la régia familia; pero ni aun esto puede alegarse en favor del monarca destronado, toda vez que nadie mas que él debia tener motivos de justa desconfianza en la buena fé de Napoleon. Digámoslo paladinamente. Carlos IV obró resentido; ese resentimiento, hábilmente explotado por los generales del imperio, le condujo á Bayona; del resentimiento se pasó á la venganza; la venganza produjo las renunciaciones á favor del guerrero del siglo; y el siglo contó desde entonces en las páginas de su historia uno de los actos que mas la degradan, el de haberse satisfecho pasiones mezquinas á costa de una pobre nacion que ninguna culpa tenia en las debilidades y miserias de los dos monarcas contendientes.

dejóse súbitamente llevar de la cólera, y ultrajando á su hijo en términos los mas injuriosos, llevó el frenesi, segun dicen, al para nosotros increíble estremo de pedir á Napoleon hiciese castigar los crímenes de su hijo en un cadalso. El principe



HORROR Y ESCÁNDOLO.

de la Paz manifiesta haber sido tergiversados por los partidarios de Fernando los cargos y reconvenciones que se le hicieron en esta entrevista, añadiendo que oyó mas adelante á los reyes padres lamentarse de la inicua interpretacion que dieron sus enemigos á varias espresiones de las que entonces tuvieron lugar. La reina, segun el valido, se limitó á recordar á su hijo la nobleza que con él habia usado cuando escondió en su seno el papel que podia haberle perdido en el proceso del Escorial, dando como daba su contenido motivos bastantes para poner á Fernando en un patibulo. Tal vez fuera esto así; tal vez se equivocase Mr. Pradt cuando oyó aquella especie á Napoleon; tal vez Napoleon no comprendiese exactamente lo que la reina hablaba en una lengua por S. M. muy poco usada, como dice el principe de la Paz, y como nosotros, horrorizados con la idea de que hubiese madre capaz de espresarse en términos tan espantosos, nos inclinamos á creer; pero como quiera que sea, Napoleon quedó escandalizado de aquella entrevista, y viendo en toda su pequeñez y miseria al padre, y á la madre y al hijo, imposible era ya desde entonces que pudiera abrigar en su corazon el respeto mas leve á la desgracia (1).

(1) Entre las espresiones que se atribuyen á María Luisa durante su permanencia en Bayona, hay algunas que no podrian referirse sin ofender la delicadeza de nuestros lectores. Nosotros las omitimos con tanto mas gusto, cuanto mayor ha sido nuestro cuidado en evitar desde un principio referirnos á tradiciones que pueden muy bien ser debidas al odio personal con que tantos españoles miraban entonces á aquella señora, bastándonos consignar el hecho de haber presenciado Marrac escenas de escándalo, capaces de dar aliento al emperador para atreverse á todo con aquella degradada familia.

Reducido Fernando al silencio, se retiró á su morada, enviando poco despues á Cárlos el pliego siguiente :

Carta de Fernando VII á su padre Cárlos IV.

«Venerado padre y señor: V. M. ha convenido en que yo no tuve la menor influencia en los movimientos de Aranjuez, dirigidos como es notorio, y á V. M. consta, no á disgustarle del gobierno y del trono, sino á que se mantuviese en él y abandonase la multitud de los que en su existencia dependian absolutamente del trono mismo. V. M. me dijo igualmente que su abdicacion habia sido espontánea, y que aun cuando alguno me asegurase lo contrario no lo creyese, pues jamás habia firmado cosa alguna con mas gusto. Ahora me dice V. M., que aunque es cierto que hizo la abdicacion con toda libertad, todavia se reservó en su ánimo volver á tomar las riendas del gobierno cuando lo creyese conveniente. He preguntado en consecuencia á V. M. si quiere volver á reinar; y V. M. me ha respondido, que ni queria reinar, ni menos volver á España. No obstante, me manda V. M. que renuncie en su favor la corona que me han dado las leyes fundamentales del reino, mediante su espontánea abdicacion. A un hijo que siempre se ha distinguido por el amor, respeto y obediencia á sus padres, ninguna prueba que pueda calificar estas cualidades, es violenta á su piedad filial, principalmente cuando el cumplimiento de mis deberes con V. M. como hijo suyo, no están en contradiccion con las relaciones que como rey me ligan con mis amados vasallos. Para que ni estos, que tienen el primer derecho á mis atenciones queden ofendidos, ni V. M. descontento de mi obediencia, estoy pronto, atendidas las circunstancias en que me hallo, á hacer la renuncia de mi corona en favor de V. M. bajo las siguientes limitaciones.

1.^a Que V. M. vuelva á Madrid, hasta donde le acompañaré, y serviré yo como su hijo mas respetuoso. 2.^a Que en Madrid se reunirán las cortes; y pues que V. M. resiste una congregacion tan numerosa, se convocarán al efecto todos los tribunales y diputados de los reinos. 3.^a Que á la vista de esta asamblea se formalizará mi renuncia, esponiendo los motivos que me conducen á ella: estos son el amor que tengo á mis vasallos, y el deseo de corresponder al que me profesan procurándoles la tranquilidad, y redimiéndoles de los horrores de una guerra civil por medio de una renuncia, dirigida á que V. M. vuelva á empuñar el cetro, y á regir unos vasallos dignos de su amor y proteccion. 4.^a Que V. M. no llevará consigo personas que justamente se han concitado el odio de la nacion. 5.^a Que si V. M., como me ha dicho, ni quiere reinar ni volver á España, en tal caso yo gobernaré en su real nombre como lugarteniente suyo. Ningun otro puede ser preferido á mi: tengo el llamamiento de las leyes, el voto de los pueblos, el amor de mis vasallos, y nadie puede interesarse en su prosperidad con tanto celo ni con tanta obligacion como yo. Contraida mi renuncia á estas limitaciones, comparecerá á los ojos de los españoles como una prueba de que prefiero el interes de su conservacion á la gloria de mandarlos, y la Europa me juzgará digno de mandar á unos pueblos, á cuya tranquilidad he sabido sacrificar cuanto hay de mas lisongero y seductor entre los hombres. Dios guarde la importante vida de V. M. muchos y felices años que le pide postrado á L. R. P. de V. M. su mas amante y rendido hijo.—Fernando.—Pedro Ceballos.— Bayona 1.º de mayo de 1808.»

Serenidad se necesitaba por cierto para decir Fernando en esta carta que no habia tenido influencia ninguna en el movimiento de Aranjuez, y que su padre habia convenido en ello, siendo asi que era todo al contrario (1). Tambien es chocan-

(1) Siempre que se hablaba de la sublevacion de Aranjuez, se referia Cárlos IV á su hijo como al principal motor de aquel acontecimiento. Maria Luisa por su parte decia lo mismo, y como quiera que sus cartas á Murat las escribiese con acuerdo de su esposo, podra juzgarse lo que este pensaba acerca del particular, por la siguiente comunicacion de aquella señora á su hija la reina de Etruria, enviada por esta al gran duque de Berg, siete dias despues de la espresada sublevacion: